

El alféizar del tiempo

DANIEL IZQUIERDO

DIRECCIÓN EDITORIAL:

Álvaro Ribagorda y Begoña Borredá.

Ilustración de portada:

El equilibrista, Auguste Macke (1914).

Óleo sobre lienzo, 82 x 60 cm

Städtisches Kunstmuseum, Bonn (Alemania).

Diseño:

Álvaro Ribagorda

Edita: Biblioteca Cuarto Creciente

cuartocreciente_rc@hotmail.com

Depósito Legal: M-45919-2005

ISBN: 84-609-7923-7

Impreso por CERSA, Madrid.

(Printed in Spain)

© Daniel Izquierdo, 2005, 2007.

© Biblioteca Cuarto Creciente, 2005, 2007.

2ª Edición revisada: Madrid, 2007 (1ª ed. 2005)

ÍNDICE

- PRÓLOGO	p. 11
- EL ALFEIZAR DEL TIEMPO	
I. Historia que no sabe que fue historia	p. 19
II. Distrito intrusión	p. 21
III. Bares y atardeceres	p. 22
IV. Ciudad	p. 23
V. Contratiempo y marea	p. 25
VI. Otro modo de (des)soñar Ítaca	p. 27
VII. Génesis	p. 30
VIII. Sudario para un niño llamado Septiembre	p. 33
IX. El párvulo nonagenario	p. 35
X. París en el rojo iceberg de la rosa	p. 38
XI. Florencia	p. 40
XII. Una verdad muy triste	p. 42
XIII. Luz en la sangre	p. 44
XIV. La respiración de la termita	p. 45
XV. Otros atardeceres	p. 47



DANIEL IZQUIERDO CLAVERO (Barcelona, 1975) es Licenciado en Psicopedagogía y Diplomado en Magisterio en la especialidad de educación primaria, y ha iniciado también el doctorado de Pedagogía, obteniendo recién-temente el Diploma de Estudios Avanzados (DEA), con un trabajo sobre la pensable intersección poético-pedagógica, en las tramoyas del diálogo platónico del Ión.

Es miembro del grupo poético-literario Nadir-Bcn, trabaja como enseñante –la palabra maestro se le antoja hiperbólicamente confuciana; y piensa que la palabra profesor tendría que nacer cien mil veces para empezar a merecerla- en un colegio, toda vez que quema las horas idolatrando a los autores (demasiados) de su iconografía personal: Courtosie, García Montero, Vicente Gallego, Vicente Núñez, Gorostiza, Pessoa, Rilke, Roque Dalton, Auden, Celan, Juarroz, Porchia, Cernuda, Antonio Machado...

PRÓLOGO:
NOTAS PARA UNA POÉTICA (DE)TESTADA O (DES)TETADA:
¿SON VIDA LAS PALABRAS...?

*¿Son vida las palabras,
o van contra la vida?*

Alfonso Costafreda

*Islas, puentes, alas: mis tres vidas separadas.
Mis tres muertes unidas.*

Antonio Porchia

*Ellos no ven la rosa,
pero examinan atentamente las espinas del tallo.*

Luciano de Samosata

¡Qué cerca está el recuerdo del remordimiento!

Víctor Hugo

Uno nunca sabe, cuando escribe, qué derroteros tomarán sus palabras, qué silencios devastará su presencia cuando el lector las fotografíe, al vuelo, en algún momento de su enigmática y siempre azarosa peregrinación por la vorágine socrática, indómita, ciega del papel. Uno nunca sabe, cuando escribe, qué silencios fundarán sus palabras; qué arquetipos, al decir de Borges, abocaremos al cosmos en la impredecible plasmación de la escritura. Como pupila adolescente que

paseara su acné por las venas de los mundos de Escher, las palabras, rebelan lo posible desnudando lo irreal y en ese acto, que algo tiene de catarsis, que algo tiene de exhibicionismo pueril, licuan su significado (el significado del mundo) para ocupar su exacto lugar en la falda del tiempo. Porque las palabras, aun las todavía nonatas, aun aquellas que jamás verán la luz, transgreden las costuras de su propia libertad, las costuras de la mano que las nombra y en esa transgresión, inexplicita, volátil e inhumana, construyen cuanto somos, cuanto quisimos ser, derraman, sobre la sién desalentada del potencialismo, la vocación quirúrgica de una mirada. La escena se repite, y es antigua: un hombre está vacío y mira el mundo.

Sólo cuando se está vacío podemos mirar el mundo. Sólo, cuando está vacío, el mundo sabe mirarnos. La literatura (por ende la escritura) es la encargada de verter ese encuentro bicéfalo (el que se produce entre el sujeto y el mundo, entre el mundo y el sujeto) en el palpito insondable del ser ante el estar. Ella tiene por misión corporeizar esa abstracción, bivectorial e inexpresable, en ese magma inmarcesible que fluye entre el dolor y el insomnio, entre el insomnio y el deseo. Quizá por ello el silencio sea tan fructífero, tan arcanamente literario. Quizá por ello, el silencio, como esa sábana que expande la noche sobre la cavidad instintiva de los cuerpos, sea el cuadrilátero idóneo, exclusivo e íntimo, en el que las palabras y con ellas su erótica, se pueden palpar.

Las palabras, esos pájaros del alfabeto que amenazan mis uñas y mis ojos, esos pájaros que sobrevuelan el mar de Isla Negra (los mares de todas las islas negras del mundo) encarnan, en su tibia desnudez, el fragmento con el que reconstruyo el día, los días. El día que habito y que me habita,

el día que quisiera (no sé cómo ni de qué manera) habitar, deshabitar tal vez, reinventar. Y es que vivir es reinventar el mundo, reescribirlo con la tinta volátil de la cotidianidad. Cuando el sujeto no puede, no quiere o no sabe embarcarse en ese juego, ofrece su cerviz a la mano negra de la rutina y pasa a convertirse, sin apenas darse cuenta, en un inquilino más de la sabiniana posada del fracaso. En ella, entre las cuatro paredes de una habitación cualquiera, buscará seguramente, el modo de amagar, bajo la indiferencia, el moho insoportable que asuela su memoria cada vez que el espejo (su realidad) le devuelve las imágenes que pretendió olvidar. Buscará las ventanas, la luz en el cántaro lácteo de la criada de Vermeer, los últimos pasos que dieron los zapatos que pintó Van Gogh. Y no entenderá nada o lo entenderá todo. Como Thomas Chatterton, Alejandra Pizarnik, Marina Tsvietáieva y Sergei Esenin. Como Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y Walter Benjamin. Como tantos y tantos anónimos que ayer saltaron al vacío, desde lo alto de su propia dignidad, para estamparse hoy contra el asfalto (todavía caliente) de las nubes que amó el extranjero de Charles Baudelaire:

¿Qué amas pues, intrigante extranjero? Amo las nubes... las nubes que pasan... allá en lo alto... allá... ¡las maravillosas nubes! Las nubes, así a su modo el verdadero amor, son eternas porque son etéreas, frágilmente efímeras. Los suicidas, poetas y demás escritores lo saben bien. Por eso rinden, a lo etéreo, su perenne presencia fugaz.

¿Qué importa que nadie lea lo que escribo? Se pregunta Bernardo Soares, lo escribo para distraerme de vivir... Si mañana, afirma, se perdiesen todos mis escritos, sentiría pena, pero creo, sinceramente, que no sería una pena violenta y loca

como cabría suponer, puesto que en todo eso iba toda mi vida... Si mañana se perdiesen todos los escritos del mundo, ¡qué inmensa red de silencios vulnerados, se precipitarían al pie de la vida colectiva! ¡Qué de laberintos, qué de sienas desalentadas! Pensémoslo una vez más. Escribir (ya sea una acta notarial, un exquisito poema o una fecha en la corteza de la arena marítima) es detener la prisa, unos instantes, para batallar con el tiempo y obtener el favor de las palabras. Acaso su parcela inequívoca, insustituible. Por eso nos duelen tanto, cuando escribimos, las palabras huérfanas, las palabras que no logran conquistar una idea que las cobije. El poeta lituano Nyka-Niliunas, lo dice a su manera: cada palabra pronunciada en el vacío, nos pesa/ como la soledad de antes de la creación del mundo.

Esa soledad impensable, útero abstracto donde brotó el contenido antes que el continente, es el refugio en el que aletea el big-bang de la literatura. La realidad pensable, del silencio a la palabra, de la palabra al silencio, se yergue en avenida sin ciudad. Transitada por el aliento aséptico de un poeta, un escritor o un suicida, esa avenida convoca a la existencia en el domicilio carnal del tiempo, junto a aquellas palabras que la significan. Consciente (junto a Kafka) de que el hombre no puede abarcarse a sí mismo con la vista, la soledad forja la luz que todo ser humano necesita para seguir siendo, ser humano. Alumbrar con su haz los anversos y reversos de la sentimentalidad, derruir los tabiques de la impotencia y el miedo, demanda entre todas las hazañas, saber gestionar la luz, la soledad. Nadie como un poeta, escritor o suicida sabe hacer eso. De ahí que los poetas, escritores y suicidas, sean únicos a mis ojos. A mis ojos, que no supieron indagar más allá de sus pupilas, la razón suprema del azar.

Uno nunca sabe, cuando escribe, qué derroteros tomarán sus palabras, qué silencios devastarán, fundarán, desnudarán.

Mas no importa no saber,
pequeño corazón atormentado
inservible turbina ajena al mundo
caravana que va a ninguna parte
que jamás se demora haciendo amigos.

No importa no saber, mientras la música y Baudelaire (con sus flores del mal y su Spleen de París) pongan en nuestro hombro el placer de mirar al horizonte. Horizonte que tanto dice, sin mover los labios, acerca de quien lo mira. Horizonte. Palabras. Naderías. Un porqué desporque rizado preguntándose, porqué, no tiene un por qué que quepa en su medida.

DANIEL IZQUIERDO

El alféizar del tiempo

DANIEL IZQUIERDO

I. HISTORIA QUE NO SABE QUE FUE HISTORIA

*Tu ausencia hace llover encima mío
el espacio que queda entre la lluvia.*

Roberto Juarroz

REGRESÁBAMOS A CASA en un viejo tren de cercanías.
Tú llevabas la carpeta roja de la universidad.
Yo, por aquél entonces, la ley de los espacios en blanco de
Giorgio Pressburger.
Apreciaba a ese autor y ahora lo aborrezco.
Los días van pasando. También caduca el tiempo.

Empiezo a descubrir los porqués de tanto para qué.
Pero a ti que más te da. Es lunes y es mañana.

Regresábamos a casa, te iba diciendo,
el tren arrastraba cadenas fantasmales
por la distancia gótica que media entre dos sueños y las
cadenas,
un revisor distante que me pidió el billete y te despertó.

El poso de alguna conversación incardinada
en no sé qué fragmento de inédita realidad,
latía en el ambiente e introdujo nuestras vidas en un bastiscafo.
En él, desde él, una mano invisible filmó el mundo.

Entre los dedos de las manos amputadas, late el mundo.
Ignoro qué silencios necesita la vida para soldarle
las manos a quien no las tiene.

Han pasado los años, todavía me acuerdo.

El calor de tu cabeza en mi brazo
dejó sus huellas por todas las paredes de mi casa.
El breve cadáver de la tarde manca y el amor,
aún hoy conversan a mi lado.

Mozart envolvía el horizonte. Lo arrullaba sin fe.
Mozart. El destino quiso amordazar a Mozart.

Bajaste en una estación cuyo nombre aún releo
en las noches de insomnio. ¡Qué largas son las noches
en las que uno no puede despertar!

Retomé a Pressburger desafortadamente.
Al instante, levanté la vista del tomo concluido.
Sonreí acaso. ¿Qué oculta Venus con su mano derecha
en el cuadro de Sandro Botticelli?, pregunté.

Granados y su andaluza me anunciaron el final de un
largo viaje.
Me apeé en el andén de una estación cuyo nombre ya he
olvidado.

El tren, sobre las aguas, sabe la canción de los años
deshauciados.
Al otro lado de la nada, un director de orquesta quisiera dirigir
la marcha fúnebre de la evanescencia,
pero no tiene con qué tomar la batuta.

Venus, en su concha, rebosa rubor.
Hazme caso, no leas a Pressburger.
Quizá mañana te deje mi teléfono.

II. DISTRITO INTRUSIÓN

LA ESCENA huele a flash-back cotidiano.
La habitación es discreta y el olor muy pequeño.
Sobre las sábanas, el tiempo desusado,
descorre las distancias de la noche anterior.

El desorden, bien afeitado, levanta acta notarial
y se enjuaga los ojos. Bob Dylan huye junto a la luna por los
cabellos celestes de la frecuencia modulada.

Semidesnuda, el frágil terciopelo de la soledad,
te cubre los senos o te los desnuda.
Siempre sucede eso cuando amanece.

Respiro. Respiramos. Diciembre deshabitado,
fuma tabaco negro como hijo bastardo
de Dashiell Hammett. Un triste fringlido
pierde la dignidad y muere. La luz desvirga
entonces cada intersticio de mi cama.

Sus arrugas, fundan, sin saberlo,
el himen de la luz.

III. BARES Y ATARDECERES

LAS BARRAS nocturnas son lugares de paso
entre lo que somos y lo que fuimos,
transatlánticos anclados en mitad del autismo,
el chasquido vulgar de una palabra muerta
contra el pavimento helado de las despedidas.

En ellas, la existencia apesta a sucedáneo,
a imagen de fotomatón, a farmacia vacía,
a maleta incendiada en la consigna
de alguna estación, ya clausurada.

Baudelaire no sería Baudelaire sin los bares.
Gustav Janouch sonrío con tus ojos.

Allende la infancia, el ego del tiempo
descorcha mil botellas. Las barras nocturnas
son pintalabios invisibles.
La rutina, su mujer fatal.



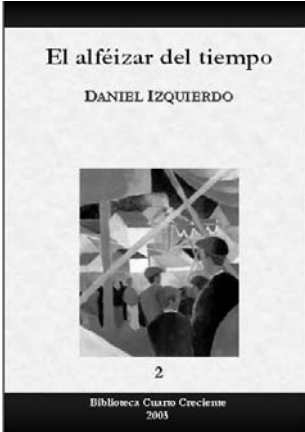
BIBLIOTECA CUARTO CRECIENTE

Colección de obras literarias de una nueva generación de jóvenes valores de la literatura española actual vinculados a la revista de creación *Cuarto Creciente*. Todos los libros son primeras ediciones, publicadas en tiradas reducidas de colección, con una edición esmerada, que presta especial atención al diseño, la tipografía y los materiales, y viene avalada por el apoyo institucional de la Universidad Complutense de Madrid.

www.cuartocreciente.es.vg

cuartocreciente_rc@hotmail.com

2



Daniel Izquierdo **El alféizar del tiempo**

Poesía
Prólogo del autor
ISBN: 84-609-7923-7
47 pp.
4 €

Libro de poesía metafísica, en el que la constante reflexión íntima del autor se torna en vivo diálogo con los principales referentes de la literatura occidental contemporánea, en un ejercicio filosófico de búsqueda del sentido de la vida trascendental.

Ediciones BIBLIOTECA CUARTO CRECIENTE:

- Libro 1. Isidro David Carro: *Figuras de sal* (Poesía)
- Libro 2. Daniel Izquierdo: *El alféizar del tiempo* (Poesía)
- Libro 3. Ivo Aragón: *Los silencios de Gascón* (Novela)
- Libro 4. Álvaro Ribagorda: *La vida por delante* (Poesía)
- Libro 5. Tomás Sendarrubias: *El Rey del Alba Escarlata* (Novela)

Consigue el libro completo por sólo 4 €, o
suscríbete por sólo 12 € al año, enviándonos tu
solicitud al correo electrónico:

cuartocreciente_rc@hotmail.com

Con tu compra colaboras en el mantenimiento y la
difusión de la creación cultural.